

Añoranzas

¡Que años los de mi infancia y adolescencia! Cómo disfrutaba, llegados los meses de verano, pensando que en un pueblecito pequeño de apenas 500 habitantes, me esperaban mis tíos, primos y demás amigos-as para participar en sus juegos, relatos y actividades “montesas”, y digo esto porque, tras el esfuerzo que había realizado por obtener buenas calificaciones en mis estudios, me solazaba pensando como una “cabra” subiendo y bajando por montes, barrancos y demás accidentes de la naturaleza, sufriendo por ello caídas, rasguños... y temiendo al llegar a casa, me cayera una regañina que bien merecida la tenía.

La primera pregunta que hacía a mis tíos, al llegar del viaje era: “¿Puedo subir a la falsa?”, denominación referida a la “azotea”, espacio donde se oreaban y curaban los productos del cerdo: jamones, chorizos, longanizas, etc., gracias a los vanos de las paredes que permitían establecer corrientes de aire para tal fin; el olor que tanto me atraía y despertaba mi apetito, todavía lo percibo en mis ensoñaciones.

Actualmente, vivo con la ilusión de poder ir este verano a recordar lo narrado, con la particularidad que la casa familiar es la misma, habitada por mis primos y sobrina y poder subir a la falsa, ausentes ya los productos del cerdo, pero presente la cuna donde me crieron a mi padre (+) y tíos (+).

No quiero dejar de mencionar las discusiones que surgían, a la hora de las comidas, principalmente con mi primo Honorio, por querer ocupar la mesita plegable de la cadiera, sitio preferido por los dos para terminar compartiéndolo, contentos y sin el menor resquemor.

Yo, a decir verdad, hacía trastadas, dignas de un arrepentimiento posterior. Servía en la casa familiar una doméstica, con cierta discapacidad psíquica, consecuencia de su origen (aldea perdida por esos mundos de Dios), de una gran fidelidad, correspondida por toda la familia con cariño y reconocimiento. Un día se me ocurrió decirle que por el pasillo, a medianoche, se pasearía un fantasma inofensivo. Ni corta ni perezosa, me embuté en una sábana y con el ruido de las cadenas, me paré en su puerta. Todavía resuenan en mis oídos los gritos pavorosos de la pobre “fámula”; salí al paso contándole que yo también lo había oído y que había desaparecido al verme sin causar ningún daño. Se tranquilizó sin el menor asomo de miedo sonriendo.

Dejo para el final la atracción que sentí al saber que el insigne y sabio Dr. Ramón y Cajal vivió allí unos años y según la tradición contada y confirmada, aprendió las primeras letras con su padre en una cueva situada en un camino agreste. De ese conocimiento surgió mi afición por conocer, a través de sus obras, a nuestro gran Premio Nobel, así como las travesuras que protagonizó durante su estancia.

Con todo lo relatado, pongo fin a mis vivencias en Valpalmas, pueblo protagonista, de agradables y acogedoras gentes, orgullosas de su origen y como en todas las aldeas y municipios rurales, cada vez con más casas cerradas. ¡Qué pena!

Amelia Pérez